LA CIUDAD ARGENTINA *

por el Académico DR. PEDRO J. FRÍAS

El fenómeno urbano. - Comunicación en la ciudad. - Conflicto y mediación. - Inhibidores de la comunicación en la ciudad: a) El desarraigo. b) La "cosificación". c) La violencia. d) El lenguaje. - El potencial urbano argentino. - El planeamiento urbano. - Participación vecinal. - El régimen municipal. - Finanzas municipales. - Centro y periferia. - Centro histórico. - El caso de Córdoba. - La ciudad argentina.

EL FENÓMENO URBANO

El tema de la ciudad argentina me exige un informe y una reflexión.

El informe denuncia carencias significativas: las mías y las de la literatura especializada. No hay materiales sistemáticos y actualizados que permitan conclusiones precisas, sino sólo aproximadas.

La reflexión, a su vez, está condicionada por la escasa transparencia del discursar actual sobre el fenómeno urbano. ¿Transición? ¿Frustración? ¿Temeridad? ¿Preocupación? ¿Complejidad?

Quien se aproxime al tema puede registrar alzas y bajas. Están en alza las viviendas recicladas, los centros históricos, la animación, el transporte colectivo, el continuo urbano-rural, las ciudades medianas y pequeñas. Están en baja la ciudad-jardín de Howard, la ciudad-radiante de Le Corbusier, las ciudades-sin-pasado, las ciudades-dormitorio, el vehículo privado, las metrópolis.

Falta la "fantasía exacta" de la razón programática en la filosofía del pensamiento urbanístico. Françoise Choay¹,

* Conferencia pronunciada en el Instituto Popular de Conferencias de "La Prensa", el 3 de julio de 1981.

¹ *L'urbanisme. Utopies et réalités*, Editions du Seuil, 1965.

según la interesante relación de Enrique del Acebo Ibáñez², repasa el camino de la postura crítica sobre la ciudad. Deja al margen la Escuela de Chicago, que describe pero no cuestiona el fenómeno urbano, y distingue un período preurbano y otro urbano. E introduciendo una valoración cualitativa, diferencia entre actitudes progresistas y culturalistas, las primeras más racionales, las segundas más orgánicas. Ambas en la etapa preurbana carecen de temporalidad concreta como si las afectara la utopía. Después, en la época de los especialistas, es decir de los arquitectos como diría Le Corbusier, las dos corrientes registran nombres famosos y matices importantes, pero los progresistas siguen privilegiando la creación con tenue enlace con el sujeto que es la ciudad y los culturalistas siguen enfatizando la tradición histórico-cultural.

En este entrecruzamiento de ideaciones mi reflexión es tributaria de las dos: la ciudad es algo por hacerse que está hecho. Es una tradición pero toda tradición es una innovación que ha triunfado. En mis reflexiones sólo habrá algo útil para los especialistas: el ver cómo se reflejan en la comunidad no especializada, hasta qué grado las entendemos y si acertamos a valorarlas.

LA COMUNICACIÓN EN LA CIUDAD

Quando en 1962 inauguré el curso de la Universidad Nacional de Córdoba sobre la ciudad argentina, titulé paradójicamente a mis reflexiones: la ciudad, algo por hacer. Porque si la vida humana es un movimiento especificador, la vida urbana lo es por antonomasia. La vecindad, la interacción, la aglomeración son medios que aceleran el ritmo de la alteridad y del ensimismamiento, de la total empresa humana. Y siempre resta la esperanza de que en la aglomeración podamos construir una ciudad, que en la ya hecha haya algo siempre por hacer.

En aquel discurso y en 1974 en Barcelona mi preocupación esencial fue la comunicación en la ciudad, entiéndase bien, no la circulación sino la comunicación interpersonal.

Tres años después la Carta de Machu-Pichu confirma y renueva a la vez la Carta de Atenas de 1933. Este manifiesto subraya que el elemento fundamental de la vida urbana no es más la residencia sino la comunicación.

² *El hombre y la ciudad. Consideraciones sobre el pensamiento urbanístico* (inédito).

Al respecto dice la Carta de Machu-Pichu: "A diferencia de la Carta de Atenas, consideramos que la comunicación humana es un factor predominante en la razón de ser de la ciudad. Por tanto, la planificación de la ciudad y de la vivienda debe reconocer este hecho.

Consideramos, igualmente, que la calidad de vida y la integración con el medio ambiente natural debe ser un objetivo básico en la concepción de los espacios habitables.

El mismo espíritu de integración que hace de la comunicación entre los residentes de la ciudad un elemento básico de la vida urbana debe normar a la localización y estructuración de áreas residenciales para diversas comunidades y grupos, sin imponer distinciones inaceptables al decoro humano."

CONFLICTO Y MEDIACIÓN EN LA CIUDAD

Al espíritu comunitario confiaría yo las altas empresas de mediación social que sólo son posibles en el ámbito urbano. Hablo de mediación porque es indispensable hacer converger en una unidad o en una tensión fecunda las fuerzas a veces antagónicas de una sociedad pluralista³ que se agudizan en la ciudad. Piénsese en los desniveles sociales, culturales y económicos. Piénsese en cierta irritación de la orilla contra el centro, en cierto desprecio del sector residencial contra la orilla. Piénsese en la ruptura de los recién llegados con su pasado. Piénsese en la excitación del medio urbano que acerca a las gentes, sin entregárselos, el confort, el lujo, el placer fácil. Piénsese en la escala multitudinaria del conflicto entre las generaciones: padres e hijos, profesores y alumnos.

¿Cuál es la empresa social de esa mediación? No es ciertamente uniformar, aspiración bastante generalizada, pero pobre y empobrecedora, salvo que se entienda como integrar, relacionar y armonizar, con aquella inspiración de amistad cívica que no renuncia a lo propio, pero lo ordena a un bien superior, para que la ciudad sea realmente un "plebiscito diario", una cotidiana confirmación de comunidad.

³ Hemos aludido a estos temas en *Algo por hacer: la ciudad argentina* ("Revista de la Universidad Nacional de Córdoba", jul.-oct. 1963, ps. 341-53) y en *La comunicación humana en la gran ciudad* ("Revista del Instituto de Ciencias Sociales", Barcelona, 1974).

Tampoco la mediación social en la ciudad debe limitarse a contemporizar, a alcanzar aquel "conllevarse" de Ortega, una especie de hostilidad cortés, sujeta a las reglas del juego.

Por fin, la mediación que veo posible en la ciudad, donde la movilidad social es una realidad dinámica, constructiva y alentadora, no es la de una solidaridad con el orden existente contra todo cambio. No una mediación a favor del primer ocupante como "gendarme" de la urbanidad, estropeada por los que llegan.

En las ciudades argentinas, como en toda ciudad⁴, se agudizan los conflictos, porque son centro de decisión. Pues bien, prefiero pensar con Etienne Borne que el conflicto no es lo contrario de la solidaridad a que debe aspirarse, sino su camino. A condición, claro está, de que cada uno viva hasta el fin sus valores pero practique al mismo tiempo en ese juego de virtudes contrastadas el pleno y leal reconocimiento del otro.

LOS INHIBIDORES DE LA COMUNICACIÓN EN LA CIUDAD

Si la mediación social es la función liberadora en la comunicación, los inhibidores multiplican allí también su potencia. Me refiero primero a cuatro causas específicas de marginación: el desarraigo, "la cosificación", la violencia ideológica, los "lenguajes" de la ciudad.

a) *El desarraigo.* La urbanización coincide con transformaciones de valores: cambia la relación del hombre en el medio, la vida familiar entera. Los grupos sociales tradicionales de control de la acción individual en el cuadro de la comunidad, se debilitan bajo los efectos del progreso técnico: familia, vecindad, religión. El control de estos grupos se debilita aún más en los países de desarrollo, donde el desarraigo es más profundo. El país queda todo invertido, porque gran parte de él es migrante —de residencia, de ámbito o de sistema de trabajo— y queda como hombre nuevo definido por el contacto intercultural: está entre dos culturas sin identificarse plenamente con ninguna: intercambiable entre la inseguridad y la adhesión, entre la aproximación y la ruptura de contacto, a merced de toda ideología

⁴ LOUIS CHEVALLIER, *Las comunidades urbanas y la evolución social de las naciones* ("La metrópolis en la vida moderna", Buenos Aires, 1957, I, p. 79).

susceptibles de racionalizar las actitudes. El peligro de una ideología mal asimilada se testimoniará en violentas incoherencias. La despolitización puede alcanzar a ciertas masas, pero las ideologías radicalizadas se exasperan en busca del poder⁵ y pueden encontrar credibilidad en un hombre que José Luis Pinillos define así: "Ir más que estar, acción en vez de contemplación, cambio en lugar de permanencia, tensión de logro antes que disfrute de lo conseguido, el hombre de la ciudad actual es la encarnación del devenir y, en consecuencia, se escapa de sí mismo..."

Este desarraigo social se agrava en las grandes ciudades con la extinción del ecosistema⁶.

b) *La "cosificación"*. Las dependencias del paternalismo no se adscriben a un sistema social típico, ni al medio rural solamente. En la gran ciudad crecen restricciones a la autonomía personal desde centros de dominación indirectos. Aludimos también, pero no exclusivamente, a la sociedad de consumo a que convergen las experiencias neocapitalista y colectivista.

Consumir, en el sentido actual y en el sentido futuro de la sociedad postindustrial, es vivir el mundo en una relación tendencialmente instrumental. Consumir es un verbo transitivo. Pero a partir de cierto punto, como se advierte en las sociedades opulentas, el sujeto se repliega y se "cosifica". La autonomía subjetiva de la esfera privada es condicionada por una autonomía objetiva, algo así como el "espíritu objetivo", que está en todas partes y no es imputable a ninguno: las instituciones secundarias, las tecnoestructuras, toman el puesto de las instituciones primarias, que proveen el *ethos* a la construcción social de los sistemas de significado: la familia, la comunidad, la religión. Winston Churchill diría que nunca tantos han sido manipulados por tan pocos.

c) *La violencia*. Nadie ignora las regulaciones de conducta más o menos compulsivas en el medio social ni la agresión manifiesta en las ciudades. Nadie deja de lamentar el trauma de la violencia organizada que encuentra insuficientemente preparadas a sociedades educadas para convivir.

⁵ PEDRO J. FRÍAS, *Sociedad de hoy y mundo de mañana* ("Revista de Estudios Políticos", Madrid, nov.-dic. 1972, n° 86, ps. 147-79; "Revista de la Universidad Nacional de Córdoba", jul.-dic. 1971, p. 67).

⁶ SERGIO S. FERNÁNDEZ PICO, *La conciencia territorial en el medio urbano* ("La conciencia territorial", de Patricio H. Randle, Oikos, Buenos Aires, 1978, p. 231).

Peor todavía la violencia ideológica, casi producto urbano, que es hoy por hoy un inhibidor poderoso de la comunicación humana en ciudades grandes e intermedias. Porque la violencia de motivación ideológica no tiende a provocar un comportamiento sino una abstención. Los habitantes de algunas ciudades que la han alojado, sabemos cómo la desconfianza ha deteriorado el tejido social; cómo solicita lo peor de cada uno y vicia hasta la solidaridad que provoca; cómo el dominio de los acontecimientos tiende a perderse o se logra con una coacción indigna del hombre; cómo en la respuesta necesaria de la autoridad, el bien común se parcializa en los objetivos de la estrategia y sólo queda en pie el espíritu faccioso, o sea la desintegración.

Esta conducta agresiva, este "estilo vital del guerrero" se ha convertido en un comportamiento social. "La realidad tal cual es, deja indiferente a este tipo de hombre contemporáneo, pero en cambio le arrebató «lo que será». Y eso que será, vendrá sólo por caminos de despiadada y apocalíptica violencia. La violencia se transforma de elección «posible» en solución «querida» y poco después en una praxis absoluta." ⁷

En el medio violento de la ciudad no es posible la comunicación, porque los sujetos no son tales: son objeto de dominación.

Repito que las ciudades argentinas han conocido la violencia homicida, las noches intranquilas y los días sin confianza. Con distintas modalidades la violencia se ha apoderado también de grandes ciudades del mundo, donde "la noche no es de los blancos" o ciertos barrios tienen su código.

Ese recuerdo penoso debiera movernos a evitar con atención constante las causas profundas —siempre culturales— de la violencia. Pienso en las provocaciones de la ciudad, en cierta exhibición especulativa de la vida, pero también pienso en ciertas irritaciones menores que pueden prevenirse en el medio urbano: los efectos-aglomeración, con su degradación del paisaje, su tránsito intolerado, sus colas, la falta de lugares de encuentro que ahora mismo percibo en ciudades donde el centro tiene funciones significativas y donde a veces la coincidencia y competencia de destrucción-edificación pública y privada agrede virtualmente al habitante...

⁷ VÍCTOR MASSUH, *La libertad y la violencia*, Buenos Aires, 1968, cit. por René Balestra, "Anuario del Instituto de Ciencia Política", I, Rosario, 1968, p. 212.

Es también causa de irritación cierta soberbia de los planificadores. Lo digo con convencida humildad. El planeamiento no debe nacer de ninguna geometría, sino de la experiencia de la ciudad. En efecto, esta experiencia de la ciudad, originada en la interrelación hombre-espacio así como del juego de relaciones interhumanas, es una experiencia de sentido, de vigencia de valores y de significaciones compartidas. Parsons ha recordado que “una localización territorial es siempre expresiva como «lugar donde» ha sucedido algo socialmente significativo o puede esperarse que suceda”⁸. Nada más cierto. El espacio natural, como don de Dios o el espacio urbano, como dato de los hombres, en cuanto nos los apropiamos, son energía social que los planificadores deben respetar íntimamente.

d) *El lenguaje*. Los lenguajes, por fin, pueden ser un motivo de aceleración o no en las comunicaciones humanas. La manipulación de los medios se ha tecnificado y margina a muchos. Como los margina el lenguaje del “objeto urbano”, cuando un cierto cientificismo ha alterado la simbología espontánea de cada asiento humano.

Los signos son ante todo comunicación. La ciudad recibe y emite mensajes, que se comprenden o no se comprenden. Si en el gran centro urbano los signos, las señales y los símbolos de los que son portadores los objetos orientan de una manera casi imperceptible la vida, o mejor dicho, la interacción entre los habitantes, en el barrio, determinados objetos —dice López Anaya—, la parroquia, la plaza, el monumento, adquieren una función estructurante, más que orientadora, de la interacción⁹. Esa función estructurante la ha expresado bellamente Henri Lefebvre¹⁰: “Los monumentos de una ciudad histórica emergen por encima de la redundancia, de las repeticiones, de los sistemas de signos y señales que reglamentan las rutinas. Emergen por encima de los sistemas semiológicos que constituyen la trama del texto social cotidiano. Dicen más. Expresan lo inagotable”.

Los estudiosos argentinos se han hecho eco de todos estos problemas, también de la calidad liberadora o inhibidora del espacio urbano para la comunicación social. No

⁸ TALCOT PARSONS, *Estructura y proceso de las ciudades modernas* (“Instituto de Estudios Políticos”, Madrid, 1966, p. 285, cit. por Enrique del Acebo Ibáñez, cit.).

⁹ JORGE LÓPEZ ANAYA, *Valor estético y simbólico del objeto urbano* (“Criterio”, Buenos Aires, 1971, n.º. 1633-34, p. 789).

¹⁰ *De lo rural a lo urbano*, Ed. Península, Barcelona, 1978, p. 130.

cualquier espacio, sino una cierta calidad y escala de los espacios urbanos que aseguran su legibilidad ¹¹.

POTENCIAL URBANO ARGENTINO

Nuestras reflexiones se relacionan con el potencial urbano argentino. He creído poder obtener los datos del Censo 1980 que me permitieran actualizar la información de que disponemos a través de trabajos conocidos por ustedes, como el de Hardoy y otros de 1968 o el de Vicente Speranza de 1974 ¹². Como mi gestión no ha tenido éxito, me remito a esos estudios advirtiendo solamente que el nuevo censo permite afirmar que las mayores tasas de crecimiento migratorio se observan para Tierra del Fuego, partidos del Gran Buenos Aires y todas las provincias patagónicas. Santiago del Estero, Córdoba, Santa Fe, el resto de los partidos de la Provincia de Buenos Aires, La Pampa y Jujuy han recibido migrantes aunque en porcentajes moderados. Las demás provincias y la Capital Federal experimentaron saldos migratorios negativos en porcentajes que alcanzan a un máximo del 13,2 % para el decenio.

Pero si la Capital ha disminuido, no así el conurbano, hay que tener en cuenta que nuestra Capital, entre presencias estables y flotantes, cuenta con 6.000.000 de personas y 3.800.000 automotores...

Según el cuadro de Speranza, el potencial urbano argentino se manifiesta en una ciudad de más de un millón de habitantes que representa el 35,7 % de la población total; tres ciudades entre 500.000 y 1.000.000 que reúnen el 9,1 % del total; 11 entre 100.000 y 500.000 con el 10,5 %; 14 entre 50.000 y 100.000 que alcanzan al 3,9 % y 25 entre 25.000 y 50.000 habitantes que significan el 4 % de la población total. Son las cifras de 1970.

Posiblemente el nuevo Censo confirma la expansión registrada en 1970 por las ciudades entre 50.000 y 100.000 almas que, por no tener problemas de degradación demasiado graves, admiten acciones urgentes para una mejor ocupación del suelo.

¹¹ En un nivel más englobante, Marcelo Montserrat ha descrito los conflictos interculturales: "Conflicto y comunicación cultural" ("Criterio", Buenos Aires, n° 1838, 26/6/80).

¹² "Summa", Buenos Aires, n°. 74-75, abril 1974, p. 26.

EL PLANEAMIENTO EN LA ARGENTINA

Confieso mis carencias al momento de definir en qué está el planeamiento urbano entre nosotros, para cuyo juicio no basta el conocimiento de numerosos estudios reguladores. Mi impresión es que ha adquirido *consistencia profesional* más que *relieve institucional*.

Alcanza madurez profesional por su método, la riqueza de elementos, la lucidez de sus planteos y la conciencia de sus limitaciones. Sugeriría un lenguaje menos técnico o menos esotérico para que haya también una lectura social que debe formar parte de sus ambiciones. Creo que ésta es la palabra: noto ambiciones en el planeamiento urbano-regional de la Argentina.

Me bastaría referirme al curso 1980 de "Planeamiento del desarrollo urbano" relativo especialmente a ciudades intermedias, que es el tercero organizado por la Municipalidad de Córdoba.

El lector no técnico siente la parálisis de la abundancia de materiales. El contenido despierta avidez, pero rápidamente pierde coraje en abordarlo. Si finalmente lo aborda resulta gratificado. La impresión es la de bajar a una cantera, donde hay materiales para nuevas elaboraciones o la de llegar a un taller en que esperan los colaboradores, las ideas, las incitaciones, las dificultades.

Hay profesionales maduros que señalan el camino, que mejor dicho enseñan a andar; hay desarrollos teóricos y propuestas concretas; pero se echa de menos, muy frecuentemente en estas memorias de curso, algún informe que esclarezca el conjunto, que relacione el espacio-tiempo de las investigaciones, que transfiera resultados a otras disciplinas. De su dificultad yo mismo soy testimonio, pues no logro suplir un vacío que subsiste.

He tratado de decir por qué hay consistencia profesional en el planeamiento urbano de la Argentina. Pero había afirmado también que faltaba relieve institucional.

Quiero decir que todavía puede perfeccionarse la inserción administrativa del planeamiento, ser mejor asumido en las preocupaciones del gobernante, ser operado en cuanto posible con los vecinos.

No se trata sólo de que cuando el municipio cambia de autoridades con excesiva frecuencia, las decisiones que sufren son precisamente las del planeamiento, por su índole problemática, por los riesgos de error. Se trata también de la estabilidad de la administración técnica para evitar

rupturas innecesarias y perjudiciales. Y se trata de la propia autoconciencia de esa administración del planeamiento que no debe tratar sus productos como perecederos, sino con el respeto que merece todo movimiento especificador de la vida comunitaria, que se asocia a la duración y no a la eternidad ni a la transitoriedad. Se trata por fin, para que el planeamiento adquiera relieve institucional, de que lo acompañe la participación de base porque añade voluntad política a la decisión administrativa.

Mi percepción no difiere en mucho de la exposición que en 1968 —¡y han transcurrido 13 años!— hacían Jorge Enrique Hardoy y otros¹³ del caso argentino, y en él de la formulación de las políticas de desarrollo urbano. Señalaban que “casi todas las principales ciudades del país han sido objeto de estudios de diversa índole, aunque preferentemente de carácter físico. Muchos de esos estudios han desembocado en planes que se ajustaban al concepto estático de plan regulador buscando mediante códigos y reglamentos la determinación de los límites físicos de la ciudad, los futuros usos del suelo, densidades y trazado vial urbano y suburbano. Esos planes eran de índole restrictiva. No existía preocupación por saber cómo serían creadas las nuevas fuentes de empleo, ni cómo sería conducido el mercado de tierras y viviendas en interés de la comunidad, ni cómo sería financiada la expansión de los servicios públicos y la demanda de mejoras. Algunos de esos planes fueron aprobados por los Concejos Municipales respectivos, pero no se sabe de ninguno de ellos que en forma continuada haya realmente servido de guía en las inversiones públicas y privadas que se realizaban en esa ciudad...”

LA PARTICIPACIÓN EN LA CIUDAD

La crisis de nuestro tiempo es una crisis de identidad, en cuanto muchos hombres se sienten desintegrados o marginados de su sociedad.

La crisis de la sociedad política es de legitimidad en cuanto no hay consenso sobre el sector público y privado, sus competencias y sus operaciones.

Pero la crisis en la crisis es de representación cuando los representantes no son representativos, cuando la media-

¹³ HARDOY, ROFMAN, YUJNOVSKY y BASALDÚA, *El caso argentino* (“Revista de la Sociedad Interamericana de Planificación”, n.º. 5-6, p. 31).

ción social y política no cumple su misión de lograr un plebiscito cotidiano.

Exigirlo así de la ciudad es ser ambicioso. La gran ciudad concentra sus decisiones a través de un núcleo de relación limitado y aún así complejo, que abarca las grandes administraciones del Estado y algunas empresas privadas. La decisión parece estar muy alta, muy secreta, muy fuera del alcance de los postulantes. Decisiones menores se atribuyen normalmente al barrio, donde la pequeña comunidad encuentra su cotidianeidad en la esquina y su vida pública en el café, en el club de fútbol, en el comité o en la plaza.

En la Argentina han intentado descentralizarse ciertas decisiones o administraciones parciales de planes de interés local o barrial. Así lo pensó la Ley Orgánica de la Ciudad de Buenos Aires¹⁴. En la actualidad, el informe de nuestra Capital titulado *Buenos Aires: hacia una ciudad mejor* (1981), asevera que la promoción del ámbito social se desarrolla cotidianamente a través de 35 Juntas Representativas Vecinales, especialmente en materia del deporte, lo que importa de suyo una participación muy limitada.

Otro ejemplo de descentralización parcial de ejecución lo ofrecieron por muchos años tantos municipios, como por ejemplo la ciudad de Córdoba, con sus centros vecinales operantes, a veces ágiles, a veces rutinarios, politizados o no, pero en definitiva útiles. A título de reorganización han desaparecido virtualmente.

Esta participación entendida como toma residual de decisiones es compleja pero no puedo sino alentarla. Evita la soledad del poder, evita la amargura y la ambigüedad de la soledad; desintoxica el vértice, aunque haga más complicados sus contactos; transfiere responsabilidades al usuario; ejemplifica la confianza del administrador en el administrado, sin renunciar al control; exige paciencia, negociación, autoridad moral, relaciones interpersonales, equipos eficientes. Y si esos contactos son populares sin populismo tanto mejor: podrá o no acertar el gobernante, pero ese acompañamiento produce una identificación afectiva que permite formas de movilización y compromiso sin cálculo para decisiones difíciles.

Hay una participación menos compleja en la maniobra pero no fácil de lograr en la realidad y es de raíz cultural: el sentirse a gusto dentro de la cultura y del medio urbano

¹⁴ PEDRO J. FRÍAS, *La Capital Federal: un nuevo régimen en vez de nuevas funciones* (Diario "El Cronista Comercial", Buenos Aires, 8/12/72).

con la posibilidad de producir a su vez contribuciones originales¹⁵. Una ciudad que cuida su lenguaje urbano para hacerlo comunicativo, que se deja entender, que invita a cada habitante a ser un operador de sus recursos urbanísticos, que mantiene su animación, que evita en lo posible los "efectos-aglomeración" con una densidad razonable, que estimula la creación cultural y la hace suya en la estética urbana, que trasmite su identidad de un tiempo a otro, es ciudad en que la participación cultural actúa y se realimenta hasta un promedio de calidad de vida.

Al registrar la importancia de la participación vecinal, no necesito adscribirme a una dimensión antropológica del urbanismo que con el liderazgo de Kelvin Lynch cataloga Françoise Choay entre las tendencias culturalistas. Pero sí siento que el planeamiento *a priori*, objetivizado, tratado como una cosa (modelo), debe ser sustituido por un planeamiento *a posteriori*, que deriva del conocimiento del punto de vista del habitante, que pasa a ser un protagonista tanto como un interlocutor.

Comenta Pinillos que "habría que suponer que... entre la estructura de nuestro mundo circundante (inmediato) y la de nuestro mundo interior, existe una correspondencia profunda, una suerte de isomorfismo en virtud del cual el sujeto define el ámbito de los estímulos que le son accesibles, y a su vez el medio configura profundamente las operaciones y disposiciones del sujeto". Y agrega la salvedad de que "a medida que el cambio histórico ha ido acelerándose, las transformaciones de la ecología urbana han llegado a ser de un calibre tal que el espacio de las ciudades empieza a disonar del esquema corporal humano y a imponerle constricciones graves".

Estas correspondencias profundas entre el medio y el habitante no pueden ser sino reveladas básicamente por el habitante mismo, por sus percepciones y sus comportamientos, por la configuración que dispensa al medio. Y la participación tiene por objeto asociar energía política al gobierno y darle un rumbo a las decisiones. Mira la participación por un lado al administrado y por otro a la administración y en el interés de ambos establece sus sistemas de consulta e intervención en la decisión y consenso.¹⁶

¹⁵ J. RÉMY y LILIANE BOYÉ, *La ciudad y la urbanización*, Instituto de Estudios de Administración Local, Madrid, 1976, p. 187.

¹⁶ HARALD WEINRICH, *La comunicación*, ("Cuadernos de Filosofía", Facultad de Fil. y Letras Univ. Nac. de Buenos Aires, n.º 28-29, en dic. 1978, p. 46), describe las iniciativas coordinadas de habitantes de las ciudades alemanas.

Muchos de estos temas que insinúo —la participación, el desarraigo, la violencia, el lenguaje— convergen en la calle, clave en ciertas tendencias humanistas que ya he caracterizado. Desamada por la Carta de Atenas, “lo más urbano, la calle, el cuarto de estar de la ciudad, es odiado por la Carta —dice Gaviria¹⁷—. La calle es peligrosa, nociva, multifuncional; tierra de todos y de nadie, debe desaparecer”. Sin embargo, como sostiene Bonet Correa, “la experiencia nos hace pensar que en la ciudad dormitorio moderna, con polígonos deshumanizados, sólo unidos por vías rápidas y cinturones de ronda, sería importante recuperar la calle tradicional”¹⁸.

Yo lo pienso así y me atrevo a proponerlo desde ahora. Yo no me resigno sólo a circular. Me gusta un cierto sentido ambulatorio hecho de percepciones rutinarias, de pequeños descubrimientos, de volver a empezar, de cotidianidad y de variación, de encuentros casuales o más o menos previsibles, en esa área pública que es mitad patio, es decir prolongación de la casa, y mitad plaza, es decir anticipo del ágora. He confirmado estas vibraciones personalísimas cuando he oído a Julio Gancedo hablar sobre las calles. No repito sus imágenes pero sí la vivencia de un caminante que se encuentra en paz con su calle, que se vigoriza y se regocija aunque el tedio también la acompañe. Dice por ahí de la calle Corrientes¹⁹: “No era un barrio sino un sistema vertical de barrios enlazados; de esquinas que crecieron protagónicamente. Más que un viaducto era un bio —de vida— ducto que arrancaba como una flecha desde la orilla húmeda hasta el entrañable interior de pura tierra”.

Salvemos el sentido de las calles para que las calles salven nuestra vida urbana. No sacrifiquemos la comunicación a la circulación. Salvemos las dos.

EL RÉGIMEN MUNICIPAL

En el tema ya citado de aquel lejano 1962, describí el municipio argentino en términos no halagadores pero que acusaban más bien al comportamiento político general, no al local. “La contienda del poder es el nivel provincial y

¹⁷ MARIO GAVIRIA, Prólogo a la edición española de *Le droit à la ville* de Henri Lefebvre, cit., p. 6.

¹⁸ ANTONIO BONET CORREA, *Teoría de la calle Mayor* (“Revista de Occidente”, 1980, n° 3, p. 51).

¹⁹ *La calle Corrientes recorrida durante 400 años* (Buenos Aires, 1981, p. 26).

nacional y las necesidades, la pasión y el sentido de esa competencia deprimen lo específico de la administración urbana. Las élites de poder se concentran en otras antecámaras y sobre otros intereses.”

La situación de fondo no ha variado, aunque sí la coyuntura. Durante estos cinco años últimos, el municipio no ha ganado en autonomía pero sí ha retenido más que los niveles superiores de gobierno su autenticidad original. Son vecinos los que habitualmente gobiernan las comunas de mediana o pequeña significación entre las 1602 con que cuenta la Argentina.

Hay municipios de distrito urbano y los hay que cubren un partido o un departamento. Buenos Aires ha creado, como excepción a los municipios de partido, contados municipios urbanos. Córdoba ha pasado de los urbanos a los rurales a pesar de sus normas constitucionales.

Las leyes orgánicas no han sido transformadas. Ha crecido la conciencia de la atención que debe prestarse a los problemas rezagados pero han mediado escasas acciones concretas. Quedó sin acabar la compilación del Digesto Municipal Nacional que abordó la Comisión presidida por Marcelo Aberastury. Quedan como testimonios positivos el *Manual de gobierno y administración municipal*, de Benedicto Caplan, Ernesto R. Lames y José H. Meehan editado por el Consejo Federal de Inversiones en 1977 y el *Anteproyecto de ley orgánica municipal para la provincia de Córdoba*, de Antonio M. Hernández. Son también alentadoras las iniciativas de la Universidad de Belgrano y otras locales, como la del Colegio de Abogados del Departamento Judicial de San Martín sobre el régimen municipal de la provincia de Buenos Aires (1979).

Al no haber concejos electivos, las facultades de éstos han sido distribuidas entre el Poder Ejecutivo y los intendentes. En todo el país ha crecido en importancia la Dirección de Asuntos Municipales, cuya misión de apoyo, si no de coordinación, difícilmente será ya desplazada, porque responde a una carencia que a ciertos niveles experimenta la comuna chica.

La acción intercomunal ha crecido uniformemente aunque su grado de intensidad sea diverso. También la actividad interjurisdiccional. La problemática de las áreas metropolitanas recibe nueva atención²⁰. La proyección ambiental en potencia más que en curso, no debe absorber al

²⁰ RICARDO A. VERGARA, *El gobierno de las áreas metropolitanas*, Córdoba, y bibliografía allí citada.

municipio sino asociarlo a través de sus competencias específicas²¹.

En cuanto al Sistema Metropolitano Bonaerense (SI-MEB), que supongo en estado de reflexión, se difundió en 1977 una versión preliminar de los resultados en que el coordinador Luis M. Morea —a quien se deben aportes considerables en el tema urbano—, auspició un “proceso de planeamiento continuado” que calificó de “posibilista” en razón de no ser ni un tímido reformismo ni provocar un máximo de fricciones.

FINANZAS MUNICIPALES

Dentro de este cuadro de situación, sólo rozo las finanzas municipales que son materia en este curso de específico examen. Me limito a una observación y a una propuesta.

Observo, en primer lugar, que estamos inciertos sobre varios temas financieros: sobre el costo de los servicios divisibles y la cuantía de la tarifa; sobre el fortalecimiento de la coparticipación municipal y la justicia de su redistribución; sobre técnicas de presupuesto por programas o fines y aprovechamiento de economías de escala; sobre procedimientos tributarios municipales. Y no menciono la *vexata quaestio* de la tasa por inspección de seguridad e higiene, que seguía alimentando conflictos judiciales y problemas interjurisdiccionales sin definición, porque ha sido suprimida.

Esa observación me lleva a una propuesta: parece oportuna una reflexión profundizada y concluyente que comprometa a los expertos junto a los niveles de gobierno para definir estas y otras cuestiones, articularlas en convenios interjurisdiccionales cuando sea necesario y adecuar paulatina pero decididamente el sistema municipal y sus enlaces con las finanzas de la provincia y de la Nación. Esa consulta nacional de finanzas municipales debe recibir los aportes del Ministerio del Interior y de las direcciones de municipalidades de provincias, fuera de la responsabilidad que tiene el sector público de Economía y Hacienda, incluida la Comisión Federal de Impuestos, y las contribuciones que como asiento técnico pueda hacer el Consejo Federal de Inversiones. Estoy pensando, pues, en concertar de una vez por todas el asesoramiento de los expertos privados en

²¹ PEDRO J. FRÍAS, *Sistema de competencia en derecho ambiental* (“Introducción al Derecho Público Provincial”, Depalma, Buenos Aires, 1980, p. 176).

función consultiva con la responsabilidad de decisión de las autoridades competentes, para que el esclarecimiento sobre las finanzas del municipio fortalezca su suficiencia y su legitimidad y nos ahorremos esa sospecha que pesa sobre algunos ingresos comunales.

Registremos de paso un dato que honra a las provincias y municipios argentinos: en 1980 no han contribuido, sino en proporción insignificante, al déficit presupuestario, mientras resulta impresionante, en cambio, el de las empresas del Estado nacional. Lo señalo no para una confrontación no fraterna, sino porque ese difícil equilibrio puede alterarse por la desafortunada disminución de la coparticipación impositiva provincial, que ahora debe alimentar las cajas previsionales de la Nación.

También es digna de destacar la contribución de la Fundación Mediterránea al conocimiento del "Costo y financiamiento de los servicios municipales en la provincia de Córdoba"²². Este estudio, entre varias indicaciones importantes, advierte "una pérdida en la importancia relativa del gasto municipal con relación al provincial, llegando en 1977 a representar algo más del 20 % del gasto público de la Provincia. De aquí se puede inferir que aun cuando no han existido modificaciones importantes en la distribución de funciones entre provincia y municipalidades, este último nivel opera con recursos comparativamente inferiores a los disponibles años atrás, lo cual conduce a pensar que la acción municipal se desarrolla con muchas más restricciones".

CENTRO Y PERIFERIA

Hay un variado y polifacético debate en curso sobre la atracción o rechazo del centro de las grandes ciudades norteamericanas: una evasión hacia la periferia, abandonando el centro a los grupos étnicos y económicos más débiles y un imprevisto retorno desde los antes atrayentes suburbios. Ese debate esclarecido por múltiples autores y experiencias no deja un saldo definitivo. Él está centrado sobre la comunicación humana si con ella abarcamos en una sola interacción los cuatro verbos de la Carta de Atenas: habitar, trabajar, recrearse y circular...

Envejece la edificación del centro y ofrece sofisticadas residencias la periferia; pero al mismo tiempo resulta costo-

²² HÉCTOR E. MONTERO y DANTE A. OLIVIERI, *Estudios*, n° 5, set.-oct. 1979, p. 187).

sa la circulación desde la casa al lugar de trabajo, se vuelve al centro para ciertos esparcimientos, se descubre el encanto de reformar y actualizar la buena edificación antigua, se echa de menos la animación. No hay pronóstico definitivo, sino el de reconocer a ambas posibilidades gratas y evitar su ruptura ²³.

En esta dialéctica, el centro histórico, donde lo hay, optimiza o declina su natural función relevante de identidad cultural, de interés turístico, de variaciones de entorno. La bibliografía es abundante pero lo son más los manifiestos, las intervenciones ponderadas y las sentimentales.

El centro histórico lleva nuestro recuerdo, por contraste, a las ciudades sin pasado, las vejadas "ciudades dormitorio" ²⁴ y más ampliamente a la racionalización más refinada de una "Carta estética" para las comunas belgas, para citar sólo un ejemplo.

EL CENTRO HISTÓRICO

La ciudad nace como un lugar de contraposición de intereses y denuncia en cada configuración la calidad política y asociativa que predomina. Ante la necesidad de renovación, la especulación inmobiliaria parece servir nuevas tendencias estéticas y utilitarias que atacan al centro histórico si conserva capacidad irradiante, animación y calidad de vida. En realidad, la especulación no sirve, se sirve de las tendencias de habitación de las clases sociales y de la localización de servicios y negocios. Asegura la multiplicación del rédito inmobiliario, acierta casi siempre en la preferencia del público y con la misma frecuencia —si hay un centro histórico digno de este nombre— lo degrada abusivamente: rompe el tejido urbano, cambia la escala, la perspectiva, el espacio, hace retroceder la visión histórico-figurativa, altera la lectura del centro.

A veces es inevitable, a veces no demasiado lesivo o la ciudad antigua no es demasiado apreciada, pero casi siempre es una desfiguración, un extravío de identidad, una

²³ BLAKE FLEETWOOD, *Nueva York vive* ("Horizontes", USA, 34, p. 6); JUNIUS ELLIS, *Rouse, el revitalizador* (eodem); JAMES S. COLEMAN, *¿Podemos revitalizar nuestras ciudades?* ("Facetas", Washington, vol. 12, 1979, n° 4, p. 3); LISA R. PEATTIE, *Ciudades, barrios bajos y viviendas* (eodem, p. 15); WOLF VON ECKARDT, *Unión de ciudad y campo* (eodem, p. 25); IRVING KRISTOL, *Utopías urbanas versus mundo real* (eodem, p. 33); BRUCE STOKES, *La vivienda reciclada* (eodem, p. 38) y ROGER SALE,, *La economía de las ciudades* (eodem, p. 48).

²⁴ MAURICE DENUZIERE, *Cités sans passé* ("Le Monde", 25-31/10/63).

renovación que no sintetiza *nova et vetera* en su posible complementación.

El arquitecto Ramón Gutiérrez²⁵ ha expuesto la situación argentina en esta materia. Recuerda que si bien hace cuarenta años creamos las restricciones administrativas para defensa de lo "histórico", como unidad y no como conjunto, no se ha completado la legislación. Evoca, como es frecuente en las consideraciones del asunto, la destrucción injustificada de inmuebles que otras ciudades se empeñan hoy en rescatar y reciclar, según ejemplos muy difundidos de los Estados Unidos, aun si no tienen valor en sí mismos, y evoca también el desplazamiento de los antiguos pobladores a otras zonas marginales, aunque a veces, hay que decirlo, estos pobladores, si no mejoran el habitat, mejoran de habitación.

Según el informe de Gutiérrez, hasta el momento cuatro ciudades han adoptado legislaciones de control y conservación de sus centros históricos: Córdoba (1975/77), Corrientes (1978), Salta (1979) y Buenos Aires (1979).

No resguardan al monumento aislado sino su entorno y su *humus* cultural cuando es posible. En Córdoba ya no lo fue. Los testimonios del pasado estaban aislados por el nuevo tejido urbano, aunque sus itinerarios los asocian sin mayor esfuerzo, sobre todo si una sensibilización percibe la unidad cultural de la que nace la diversidad de funciones: habitar en la casa del Marqués de Sobremonte, regir desde el Cabildo, orar y religar en tantos templos, consagrarse en sus monasterios y conventos, estudiar en la Universidad y su Montserrat. La Plaza de Armas ha asociado la Catedral y el Cabildo, nacidos de la voluntad fundacional; las recientes calles peatonales facilitan el acceso a nuestra Manzana Mayor: la de la Compañía, la Universidad y el Montserrat.

En Corrientes uno gusta de la galería que la casa antigua cedía al común, como recova elemental, o de la arquitectura neoclásica italiana de la segunda mitad del siglo XIX, o del perfil unitario de algunas de sus calles, o del área verde que circunda la costanera. La competencia publicitaria no ha afectado aún seriamente el centro histórico y se han planteado restricciones de altura para evitar una densidad creciente e innecesaria. Corrientes —dice Gutiérrez— resguarda en el litoral una "arquitectura del liberalismo" desaparecida en Rosario y en desaparición en Santa Fe y Paraná.

²⁵ *Un problema de identidad cultural* ("Criterio", Buenos Aires, n° 1834, 24/4/80).

Salta tuvo moradas de que podía jactarse; salvó algunas y españolizó el estilo de las nuevas; no pudo evitar la inferioridad de un comercio sin nivel en puntos vitales de su expresión histórica, pero resguarda su calle Caseros y las visuales del cerro San Bernardo. Además, y el país se lo agradece, fue pionera en preservar el carácter de algunos poblados.

Y he aquí esos poblados históricos por valores predominantemente culturales: artísticos, folklóricos, antropológicos: los de los Valles Calchaquíes, de la Quebrada de Humahuaca; Santa Ana y San José de las Lagunas Saladas en Corrientes; San Isidro, Areco y Pringles en la provincia de Buenos Aires.

En la Capital Federal el barrio sur ha especializado sus funciones, ha admitido restricciones de altura, ha promovido nuevos destinos para su edificación y ejerce control sobre el equipamiento urbano de la zona. En 1979 se decidió hacer un "lugar al tiempo", al tiempo arquitectónico: tres barrios distintos linderos con la Avenida de Mayo, guardarán las expresiones de una moda que pasó ²⁶.

Recordemos de paso que la Capital Federal tiene un nuevo Código de Planeamiento Urbano que evitará la superpoblación del distrito federal ²⁷.

EL CASO DE CÓRDOBA

En la preocupación de proponerles un caso particular, que permita una lectura más concreta, he cedido a la tentación de repetirles lo que pensé del quehacer urbano de Córdoba dentro de un análisis del pasado y del futuro de mi provincia. Hélo aquí: Para acrecentar o resguardar la calidad de vida de los cordobeses, tendremos que acentuar las tareas correctivas de las deformaciones y el planeamiento hacia los niveles deseables. Ocupémonos, pues, de Córdoba metropolitana. Quien desee un actualizado informe técnico puede valerse del estudio de José Luis Ramos, *El área metropolitana de Córdoba*. Allí se examina la región polarizada y la institucionalización del planeamiento urbano. Mi preocupación es otra: señalar misiones. Córdoba metropolitana en las previsiones preliminares actuales, comprende

²⁶ Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, *Buenos Aires: hacia una ciudad mejor*, 1981, p. 56. Es intenso el debate público que opone intereses económicos y existenciales a la proyección estética.

²⁷ *Eodem*, p. 27.

el departamento Capital y Colonia Tirolesa en el departamento Colón, Montecristo en el departamento Río Primero, Malagueño en el departamento Santa María, y La Calera, Saldán y Villa Allende en el departamento Colón.

El "Gran Córdoba" exigirá una administración interjurisdiccional: de su municipio con los municipios vecinos que entonces serán contiguos; del municipio con la administración central y descentralizada del gobierno provincial y del gobierno federal: instrumentos jurídicos no faltan para facilitar la coordinación entre cuadros burocráticos que deberán ser estables y seleccionados.

El interés público debe prevalecer netamente sin asfixiar la capacidad creativa del sector privado: debe prevalecer a través de servidumbres y restricciones públicas y del poder de policía, asistidos por una educación que podría transmitirse más sistemáticamente, y por un poder sancionador enérgico pero lúcido, que recuerde siempre que la administración existe por y para los administrados.

Habrá que reforzar el equipamiento de utilización común desde la sala de lectura, la hemeroteca de vasto uso público que nos falta, el subsidio selectivo a las asociaciones del importante voluntariado cordobés, hasta los bienes del dominio público municipal en espacios verdes, servicios recreativos y tantos otros.

El servicio municipal descentralizará en los años que vienen niveles de ejecución y control de gestión, a través de delegaciones zonales u otras formas de mediación de asociaciones intermedias de interés municipal. Tenemos que cuidar la riqueza comunitaria de los centros vecinales y de otras formas de voluntariado municipal.

Hay otra oportunidad comunitaria que la ciudad ha reconstruido a través de sus galerías comerciales. La explican acertadamente los arquitectos María Elena Foglia y Armando J. Eguiguren. La existencia y funcionamiento de 20 galerías de paso y más de una docena de galerías sin salida en un área constituida por 27 manzanas y una tendencia a su realización que aún no declina (con tres galerías en construcción en este momento) son un índice de centralidad poco común. Pero lo es más aún la trama conectiva a escala peatonal que las primeras posibilitan, que ha revitalizado en un proceso continuo el desarrollo del centro contribuyendo a conservar simultáneamente —dentro de las limitaciones propias de un uso del suelo caracterizado por el libre juego de la oferta y la demanda y el diferente nivel

de saber profesional de sus proyectistas y constructores— sus valores culturales trascendentes. Esta consideración debiera orientarnos para prever una expansión futura del centro que resguarde los valores de escala, funcionales, paisajísticos y de apropiación social alcanzados, e incentive el desarrollo de nuevos valores, tanto como proteja sus monumentos y ordene su uso del suelo y su circulación.

A la centralidad conectiva de los arquitectos, yo la llamaría el laberinto dialógico: es un laberinto pero para el encuentro: para unos es mero tránsito; para otros es transitivo.

Habrà que afrontar el ingente problema de los abastecimientos y el de la circulación, Si mantenemos desde ahora un buen transporte público, tendremos algo del problema resuelto cuando debamos cerrar el centro al vehículo particular, lo que supone estacionamientos razonables en la periferia del área de circulación selectiva; habrá que estudiar otros sistemas de transportes públicos —¿subterráneos?—, a lo menos para diseñar los accesos en superficie, las zonas de influencia y estacionamiento. Córdoba no podrá hacer muchas cosas y menos espectaculares. Una sola nos es posible: estudiar, prever, programar: a lo menos, evitar la reiteración de errores, la producción de otros nuevos y más graves. Si nuestra calidad no se acrecienta a través de la gran inversión, una sola no nos está negada: el hacer innecesarias todas esas inversiones destinadas a corregir. He visto con pena en varias zonas del país crecer nuevas ciudades con los mismos estigmas de las viejas, y no por falta de inversión pública sino por falta de previsión.

Lo que ocurre es que la previsión en dimensiones sociales es oficio de administraciones estabilizadas en buen nivel técnico y de una bien orientada sensibilidad común. He dicho “estabilizadas” porque en el solo terreno del planeamiento urbano, es digno de señalarse el contraste entre el alternarse de sólo cinco equipos técnicos en 28 años pero con cerca de 28 intendentes. Falta la decisión política que sustenta el trabajo técnico. Como dice Ramos, “entre política y ordenamiento de la ciudad existe una relación causal estricta”. Algo grave pasará entre nosotros, si teniendo, como creemos tener, buen cuadro universitario y profesional, no se traduce en proyectos sociales, los proyectos en infraestructura y la infraestructura en vida urbana de calidad.

LA CIUDAD ARGENTINA

La ciudad argentina es Buenos Aires, cuya aglomeración exalta y deprime a la vez todas las virtudes del vivir.

Es Rosario, símbolo de la pampa gringa, donde la creación de la bandera anticipa la índole innovadora.

Es la Córdoba monacal, universitaria y fabril donde la peatonal apresada entre sus torres ha dado a su humor otro de sus motivos.

Es Bahía Blanca, antigua vanguardia con vocación marinera, polo atlántico del Comahue.

Son las ciudades de la pampa gringa, centros de servicios agropecuarios, vibrantes en sus talleres y aplicadas en sus escuelas, que no deberían perder sus virtudes campesinas y su proximidad al campo del que nacieron.

Son las ciudades pequeñas y laboriosas de Mendoza, únicas nacidas de un sistema —el del riego— que equilibra la autogestión en la base con la saludable intervención del Estado.

Es la penetración de la selva tucumana en el Instituto Lillo que ha dado su tumba más bella a un naturalista.

Es esa otra alternativa de la naturaleza que el río Nogoyá regala a Gualeguaychú.

Es la armonía todavía perfecta entre la ciudad y su bahía en Ushuaia.

Son los plátanos jóvenes de las calles de San Juan y sus veredas de espejo.

Es la bóveda de catedral verde que hace amables los días mendocinos.

Es Paraná, capital de la Confederación, que vela desde su Parque Urquiza sobre el río grandioso.

Es la avenida de los Siete Jefes que recuerda en Santa Fe, además de las Convenciones, la multiplicación del mando y la obediencia.

Es Corrientes con sus siete golpes del río y su puente, su amor a la libertad, su animación convival, sus estructuras sociales.

Es Santa Rosa de La Pampa que con su centro cívico ha procurado ocultar sin desprecio las antiguas tolderías.

Son las ciudades del Alto Valle del Río Negro con su economía cooperativa, con su calidad de vida y sus simpáticos antagonismos lugareños.

Es San Carlos de Bariloche con la nieve de sus pendientes agudas, la ternura de sus flores y la promesa de sus circuitos entre bosques, montañas y lagos.

Es el triángulo de Rawson, Trelew y Puerto Madryn que desde la estepa patagónica se hunde en el mar que debemos preservar incontaminado y se jacta de poseer en la Península de Valdés uno de los mejores escenarios de la vida animal.

Es La Plata, ciudad nueva de planta noble, con su sociedad homogénea en interdependencia estrecha con Buenos Aires.

Es Comodoro Rivadavia, con olor a crudo, que desde sus dunas habitadas mira uno los mares más azules del mundo.

Es Río Gallegos, su viento, su aeropuerto preñado de futuro, sus funciones en el litoral patagónico.

Es otro triángulo —el de Azul, Olavarría y Tandil— que desde el centro bonaerense nos desafía con su dinamismo a descentralizar la producción y la población de un país asfixiado en su capital.

Es Resistencia en cuyos alrededores las casas antiguas de los pioneros friulanos prolongan la habitación jesuítica más apta que la moderna para la irradiación del sol y la conquista del "Impenetrable".

Es Formosa con sus plazas contiguas, sus ganas de ser, su historia joven.

Son Salta y Jujuy, centinelas del Norte, atalayas de los Andes, donde si aplicamos al suelo el oído sentiremos retumbar el paso de los tropillas de mulas que subían a las tablas del Altiplano.

Es Santiago del Estero, madre de ciudades, con el dinamismo recobrado de una provincia en transformación.

Es Río Cuarto cuyo trabajo sustenta una de las ciudades con más personalidad cultural.

Es Iguazú que a fuerza de haber abatido la selva corre el riesgo de quedarse sin árboles, como para empujar a sus visitantes al espectáculo mayor de sus cataratas.

Es Posadas que desde el Nordeste vigila las grandiosas transformaciones que la riqueza hídrica permite a la Cuenca del Plata.

Es San Luis de la Punta, que no se quiere lugar de tránsito y procura ser entrañable.

Son La Rioja y Catamarca —San Fernando del Valle de Catamarca— con la identidad que les da su relativo aislamiento, donde la tradición no es abandono pero el progreso no es obsesión.

En esta letanía argentina, donde hay omisiones, mi percepción ha mezclado símbolos, funciones y ecología de las

ciudades. No es un catálogo lírico sino un repaso de modalidades entrañables a veces y a veces pasajeras, que sugieren problemas. Es una manera de reverenciar en cada ciudad la empresa del hombre, donde los riesgos de error están creciendo y deben desafiar nuestra voluntad cívica para que las técnicas se subordinen a la calidad de vida y la calidad de vida sea la exigencia final de los valores y no de las satisfacciones inducidas por tecnoestructuras al servicio del lucro o de la desintegración. Pero para que la ciudad no aliene al hombre, guárdese el hombre de transferir sus alienaciones a la ciudad.

No la haga aglomeración sino densidad interpersonal.

No la haga pura circulación sino comunicación.

No haga del cemento sino el noble perfil de un espacio para vivir.

No mutile el verde, la luz y el aire; no caiga en la reprensión de Camus: "Habéis olvidado la rosa salvaje, los signos del Cielo, los rostros del verano, la gran voz del mar...".

Hágala inteligible, comunicable y franca: es mejor la comprensión que el deslumbramiento.

Haga de los testimonios de su pasado una identidad perceptible que inspire confianza en la posibilidad de respuestas a los nuevos desafíos.

No la haga objeto de sus ideologías: servirla y amarla con inteligencia práctica bastará para suscitar las técnicas e ideas que definan su personalidad.

No la oponga a su región: el ámbito urbano-rural es una dimensión antigua a recuperar para intercomunicación de bienes y servicios, para la alternancia del reposo y la animación.

No deje que la especulación se apodere de su suelo ni que la comercialización abusiva deforme su centro histórico.

Haga de la ciudad una prolongación de su vida, pero cuidado: su vida será también prolongación de la ciudad.